El Papa Francisco en la Porciúncula indica el camino para renovar la Iglesia y la sociedad- El mundo necesita perdón

2016-08-05 L'Osservatore Romano

Nunca renunciar a «a ser signos humildes de perdón e instrumentos de misericordia», porque «demasiadas personas viven encerradas en el rencor e incuban el odio, porque, incapaces de perdonar, arruinan su propia vida y la de los demás, en lugar de encontrar la alegría de la serenidad y de la paz». Al repetir que el mundo de hoy «necesita el perdón», el Papa encomendó a la intercesión de san Francisco esta invocación durante la visita a la Porciúncula de Asís, que tuvo lugar el jueves 4 de agosto por la tarde.

En la conmemoración del octavo centenario del Perdón de Asís, el Pontífice se dirigió a Santa María de los Ángeles y pasó allí tres horas intensas durante las cuales permaneció un largo rato en oración silenciosa en la Porciúncula, lugar desde el cual la indulgencia pedida por san Francisco sigue aún hoy «generando paraíso». Así, después de proponer una meditación a los fieles presentes en la basílica, confesó a 19 personas, saludó a los obispos, a los superiores generales de las Órdenes franciscanas y —un hecho particularmente significativo a la luz de cuanto está sucediendo en estos días— a Abdel Qader Mohd, imán de Perugia. Por último, Francisco visitó a un grupo de diez religiosos enfermos, con los asistentes, en la enfermería ubicada en el cercano convento de los Frailes menores.

Añadiendo como es habitual consideraciones personales de forma espontánea al texto escrito de la meditación sobre el pasaje evangélico de Mateo (18, 21-35), la conocida parábola del siervo sin piedad, Francisco quitó inmediatamente los equívocos diciendo que es consciente del hecho que «es difícil» perdonar. «Cuánto nos cuesta perdonar a los demás. Pensémoslo un momento», exhortó. Por lo demás, el lugar mismo de la Porciúncula, donde «todo habla de perdón» —destacó el Pontífice— ofrece infinitas posibilidades de reflexión sobre el «gran regalo» del Señor a los hombres, enseñándoles «a perdonar, o, al menos, tener la voluntad de perdonar». Al respecto Francisco no tiene dudas: «No hay ninguno entre nosotros, que no ha sido perdonado», aclaró exhortando a

pensar en silencio en las «cosas malas que hemos hecho» y en «cómo el Señor nos ha perdonado». O sea, «como Dios nos perdona, así también nosotros debemos perdonar a quien nos hace mal. Es la caricia del perdón. El corazón que perdona. El corazón que perdona acaricia». Exactamente opuesto a la reacción humana que a menudo se manifiesta con un: «me lo pagarás».

Otro elemento de reflexión contenido en la parábola y puesto de relieve por el Pontífice es la «paciencia de Dios», que se manifiesta sobre todo en el confesionario. «Estamos llenos de defectos —reconoció Francisco— y recaemos frecuentemente en los mismos pecados. Sin embargo, Dios no se cansa de ofrecer siempre su perdón cada vez que se lo pedimos». Se trata de «un perdón pleno, total, con el que nos da la certeza de que, aun cuando podemos recaer en los mismos pecados, Él tiene piedad de nosotros y no deja de amarnos». En efecto, su perdón «no conoce límites; va más allá de nuestra imaginación y alcanza a quien reconoce, en el íntimo del corazón, haberse equivocado y quiere volver a Él».

Cierto, reconoció el Pontífice, «cuando estamos nosotros en deuda con los demás, pretendemos la misericordia; en cambio cuando estamos en crédito, invocamos la justicia. Todos hacemos así». Pero, advirtió, «esta no es la reacción del discípulo de Cristo ni puede ser el estilo de vida de los cristianos. Jesús nos enseña a perdonar, y a hacerlo sin límites».

Puesto que «ofrecer el testimonio de la misericordia en el mundo de hoy es una tarea que ninguno de nosotros puede rehuir», Francisco invitó a los frailes y a los obispos presentes «a ir a los confesionarios para estar a disposición del perdón», como lo hizo él mismo, permaneciendo en el confesionario cerca de una hora, confesando a un fraile franciscano, dos sacerdotes, cuatro scout, una mujer en silla de ruedas y once voluntarios del servicio de la basílica de Santa María de los Ángeles.

VISITA A LA BASÍLICA DE SANTA MARÍA DE LOS ÁNGELES

CON OCASIÓN DEL VIII CENTENARIO DEL PERDÓN DE ASÍS

MEDITACIÓN DEL SANTO PADRE

Basílica de Santa María de los Ángeles - Asís

Jueves 4 de agosto de 2016

[Multimedia]

Quisiera recordar hoy, queridos hermanos y hermanas, ante todo, las palabras que, según la antigua tradición, san Francisco pronunció justamente aquí ante todo el pueblo y los obispos: «Quiero enviaros a todos al paraíso». ¿Qué cosa más hermosa podía pedir el Poverello de Asís, sino el don de la salvación, de la vida eterna con Dios y de la alegría sin fin, que Jesús obtuvo para nosotros con su muerte y resurrección?

El paraíso, después de todo, ¿qué es sino el misterio de amor que nos une por siempre con Dios para contemplarlo sin fin? La Iglesia profesa desde siempre esta fe cuando dice creer en la comunión de los santos. Jamás estamos solos cuando vivimos la fe; nos hacen compañía los santos y los beatos, y también las personas queridas que han vivido con sencillez y alegría la fe, y la han testimoniado con su vida. Hay un nexo invisible, pero no por eso menos real, que nos hace ser «un solo cuerpo», en virtud del único Bautismo recibido, animados por «un solo Espíritu» (cf. Ef 4,4). Quizás san Francisco, cuando pedía al Papa Honorio III la gracia de la indulgencia para quienes venían a la Porciúncula, pensaba en estas palabras de Jesús a sus discípulos: «En la casa de mi Padre hay muchas estancias; si no fuera así, ¿os habría dicho que voy a prepararos sitio? Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os llevaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros» (Jn 14,2-3).

La vía maestra es ciertamente la del perdón, que se debe recorrer para lograr ese puesto en el paraíso. Es difícil perdonar. Cuanto nos cuesta perdonar a los demás. Pensémoslo un momento. Y aquí, en la Porciúncula, todo habla de perdón. Qué gran regalo nos ha hecho el Señor enseñándonos a perdonar – o, al menos, tener la voluntad de perdonar – para experimentar en carne propia la misericordia del Padre. Hemos escuchado la parábola con la que Jesús nos enseña a perdonar (cf. Mt 18,21-35). ¿Por qué debemos perdonar a una persona que nos ha hecho mal? Porque nosotros somos los primeros que hemos sido perdonados, e infinitamente más. No hay ninguno entre nosotros, que no ha sido perdonado. Piense cada uno… pensemos en silencio las cosas malas que hemos hecho y como el Señor nos ha perdonado. La parábola nos dice justamente esto: como Dios nos perdona, así también nosotros debemos perdonar a quien nos hace mal. Es la caricia del perdón. El corazón que perdona. El corazón que perdona acaricia. Tal lejos de aquel gesto: «me lo pagaras». El perdón es otra cosa. Exactamente como en la oración que Jesús nos enseñó, el Padre Nuestro, cuando decimos: «Perdona nuestros pecados como también nosotros perdonamos a todo el que nos debe algo» (Mt 6,12). Las deudas son nuestros pecados ante Dios, y nuestros deudores son aquellos que nosotros debemos perdonar.

Cada uno de nosotros podría ser ese siervo de la parábola que tiene que pagar una gran deuda, pero es tan grande que jamás podría lograrlo. También nosotros, cuando en el confesionario nos ponemos de rodillas ante el sacerdote, repetimos simplemente el mismo gesto del siervo. Decimos: «Señor, ten paciencia conmigo». ¿Han pensado alguna vez en la paciencia de Dios? Tiene tanta paciencia. En efecto, sabemos bien que estamos llenos de defectos y recaemos frecuentemente en los mismos pecados. Sin embargo, Dios no se cansa de ofrecer siempre su perdón cada vez que se lo pedimos. Es un perdón pleno, total, con el que nos da la certeza de que, aun cuando podemos recaer en los mismos pecados, él tiene piedad de nosotros y no deja de amarnos. Como el rey de la parábola, Dios se apiada, prueba un sentimiento de piedad junto con el de la ternura: es una expresión para indicar su misericordia para con nosotros. Nuestro Padre se apiada siempre cuando estamos arrepentidos, y nos manda a casa con el corazón tranquilo y sereno, diciéndonos que nos ha liberado y perdonado todo. El perdón de Dios no conoce límites; va más allá de nuestra imaginación y alcanza a quien reconoce, en el íntimo del corazón, haberse equivocado y quiere volver a él. Dios mira el corazón que pide ser perdonado.

El problema, desgraciadamente, surge cuando nosotros nos ponemos a confrontarnos con nuestro hermano que nos ha hecho una pequeña injusticia. La reacción que hemos escuchado en la parábola es muy expresiva: «Págame lo que me debes» (Mt 18,28). En esta escena encontramos todo el drama de nuestras relaciones humanas. Cuando estamos nosotros en deuda con los demás, pretendemos la misericordia; en cambio cuando estamos en crédito, invocamos la justicia. Todos hacemos así, todos. Esta no es la reacción del discípulo de Cristo ni puede ser el estilo de vida de los cristianos. Jesús nos enseña a perdonar, y a hacerlo sin límites: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (v. 22). Así pues, lo que nos propone es el amor del Padre, no nuestra pretensión de justicia. En efecto, limitarnos a lo justo, no nos mostraría como discípulos de Cristo, que han obtenido misericordia a los pies de la cruz sólo en virtud del amor del Hijo de Dios. No

olvidemos, las palabras severas con las que se concluye la parábola: «Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano» (v. 35).

Queridos hermanos y hermanas: el perdón del que nos habla san Francisco se ha hecho «cauce» aquí en la Porciúncula, y continúa a «generar paraíso» todavía después de ocho siglos. En este Año Santo de la Misericordia, es todavía más evidente cómo la vía del perdón puede renovar verdaderamente la Iglesia y el mundo. Ofrecer el testimonio de la misericordia en el mundo de hoy es una tarea que ninguno de nosotros puede rehuir. Repito: ofrecer el testimonio de la misericordia en el mundo de hoy es una tarea que ninguno de nosotros puede rehuir. El mundo necesita el perdón; demasiadas personas viven encerradas en el rencor e incuban el odio, porque, incapaces de perdonar, arruinan su propia vida y la de los demás, en lugar de encontrar la alegría de la serenidad y de la paz. Pedimos a san Francisco que interceda por nosotros, para que jamás renunciemos a ser signos humildes de perdón e instrumentos de misericordia.

Podemos rezar con esta intención. Cada uno como lo siente. Invito a los frailes, a los obispos a ir a los confesionarios – también iré yo – para estar a disposición del perdón. Nos hará bien recibirlo hoy, aquí, juntos. Que el Señor nos de la gracia de decir aquella palabra que el Padre no nos deja terminar, la que ha dicho el hijo prodigo: «Padre he pecado contra…», y [el Padre] le ha tapado la boca, lo ha abrazado. Nosotros comenzaremos a hablar, y él nos tapara la boca y nos revestirá… «Pero, padre, tengo miedo que mañana haga lo mismo…». Pues, regresa. El Padre siempre mira el camino, mira, en espera de que regrese el hijo pródigo; y todos nosotros lo somos. Que el Señor nos de esta gracia.

* * *

Al final de la visita:

Os agradezco mucho vuestra acogida, y pido al Señor que os bendiga. Os doy las gracias por esta voluntad de estar cerca. Y, además, no os olvidéis: perdonad siempre. ¡Siempre! Perdonad desde el corazón y, si se puede, acercaos el uno al otro, pero para perdonar. Porque si nosotros perdonamos, el Señor nos perdona; y todos nosotros necesitamos el perdón... ¿Hay alguien aquí que no necesite perdón?.... ¡que levante la mano!... Todos lo necesitamos.

Ahora rezaremos juntos a la Virgen y a continuación os daré la bendición.

Ave María...

[Bendición]

Y, por favor, ¡rezad por mí! ¡Adiós!